

mo lo hace Reagan, a quien imitan algunos intelectuales franceses...

N.O. — Pero, ¿el imperialismo americano le preocupa más que el totalitarismo soviético?

G. Grass — Para nada. En Alemania tenemos una amplia gama de intelectuales extraordinariamente vigilantes y muy preocupados por conservar los derechos democráticos que nos dieron después de la guerra y que no existen en la otra Alemania. Pero cuando el canciller Kohl nos anuncia un "viraje intelectual", término que quizá le guste a algunos intelectuales franceses, sabemos de qué se trata: es un retroceso hacia la intolerancia.

N.O. — Lo que llama la atención, en Alemania, es el compromiso activo de las Iglesias en el movimiento pacifista.

G. Grass — Porque se trata de una cuestión existencial. Porque a la destrucción del medio ambiente, de la naturaleza y a nuestra contribución al paulatino empobrecimiento del tercer mundo, se añade ahora la amenaza nuclear. Las Iglesias tomaron conciencia de ello. Particularmente en nuestro país, porque las Iglesias, salvo algunas excepciones, no combatieron de frente al régimen hitleriano. Se quedaron con un fuerte sentimiento de culpa. Ahora son muy, muy vigilantes.

N.O. — ¿Aprueba el eslogan "Antes rojo que muerto"?

G. Grass — Es tan estúpido como decir "Antes muerto que rojo". Soy un partidario de la defensa contra las agresiones. Lo cual no me impide ver que una guerra atómica no dejaría nada: ni siquiera la oportunidad de devolver su libertad a un mundo que la habría perdido.

Le Nouvel Observateur, no. 988, 14/20 octubre 1983. (Publicado por convenio.)

Traducción de Fabienne Brada

Los Tambores del pacifismo

Jacques Julliard

La voluntad de reconciliación entre los alemanes y nosotros debe ser muy fuerte para que resistamos a la estupefacción que nos inspiramos mutuamente. Cuando leo bajo la pluma del gran novelista alemán Günther Grass, ahora mascarón de proa del pacifismo alemán, que la URSS tiembla por miedo al cerco, me limito a sonreír: un Estado tan temeroso sólo dormirá tranquilo cuando sus fronteras occidentales y orientales se hayan reunido.

Cuando afirma que la denuncia del totalitarismo, sospechando que Adenauer la hubiera practicado, "nos condujo a la guerra fría", me sobresalto: pensaba que Stalin había tenido su parte en ello. Cuando teme que la instalación de los Pershing tenga como consecuencia el "despliegue de armas similares en los países satélites de la Unión Soviética", me da coque: ocho días después de esas declaraciones, los soviéticos nos hicieron saber, por boca del general Chervov, que ya habían realizado ese despliegue. Pero cuando Günther Grass se pronuncia a favor del desarme nuclear unilateral de los países occidentales y añade: "Desarmar unilateralmente, eso significa dar un primer paso y ver lo que hacen los demás. Si no pasa nada, hay que ponerse a reflexionar" (sic), me da escalofrío. ¿Qué tal, Sr. Grass, si por casualidad "algo" pasara?

El aguafiestas

Pasemos. Sin duda, las posiciones del autor del "Tambor" valen más en sí mismas que por la manera en que las defiende. Nadie puede olvidar que el muro atraviesa Alemania y que, si los rusos están "a una etapa de la Vuelta de Francia" para los franceses (De Gaulle), en cambio, están a un paso de los alemanes. Estos tienen el sentimiento de ser el escenario de operaciones nucleares y, en todos los casos, de ser una figura estratégica. Además, los vencidos de 1945 siguen en un estado de inferioridad política. Les está prohibido armarse contra el ene-

migo. De ahí, para ellos, la obligación de entenderse con la potencia dominante en Europa. La Ostpolitik alemana no tiene nada que ver con la de De Gaulle: él se acercaba a los soviéticos porque eran, en ese entonces, los más débiles. Los alemanes los tratan con miramientos porque ya son los más fuertes. Por ello, los alemanes pasaron insensiblemente de la seguridad del paraguas nuclear americano a las ventajas económicas y humanas de la apertura hacia el Este. Ahora consideran al gran aliado como a un aguafiestas. En fin, la ola pacifista que invadió la Europa anglosajona —y mañana quizá a más países— es un hecho político de suma importancia que hay que mirar de frente: al pacifismo café inspirado por Moscú, al pacifismo azul inspirado por el ideal, se añade ahora un pacifismo de masas inspirado por el miedo.

No es a pesar de Afganistán y de Polonia como el pacifismo ganó a Europa sino precisamente a causa de Afganistán y de Polonia. Por otra parte, los pacifistas —y Günther Grass en la entrevista que le hizo Gérard Sandoz— no dejaron de citar la destrucción del avión coreano para apoyar su rechazo a los Pershing: lógica tanto más irrefutable cuanto que escapa de toda racionalidad política.

Los pacifistas de todo tipo disponen de una reserva inagotable de argumentos para responder dejando de lado la pregunta planteada. Por ejemplo, subrayan que las armas nucleares, a causa de la unidad de decisión que implican, son incompatibles con la democracia. Es cierto: no se presiona el botón atendiendo a la representación proporcional. Añaden que el despliegue de los Pershing no permite en sí liberar a Polonia y a Checoslovaquia. Lo más probable es que tengan razón. Por mi parte, añadiría que es bastante incómodo hacer cuajar una mayonesa con agujas de tejer. Günther Grass llega a afirmar que la represión del movimiento pacifista en los países del Este no constituye un argumento en contra del pacifismo sino en contra de los países del Este. Desconcertante, ¿no es así? Pero nunca contestan esta pregunta: ¿por qué la URSS renunciaría, por primera vez desde su creación, a sacar provecho de un debilitamiento del mundo occidental para poder así extender su imperio?



Las discusiones técnicas acerca de la relación comparativa entre las fuerzas presentes son infinitas y no tienen conclusiones definitivas. Por tanto me limitaré a tres comentarios inobjetable:

1. La superioridad soviética en Europa es actualmente aplastante en lo que se refiere a las armas nucleares y a los armamentos convencionales. Entonces, un desequilibrio de esta naturaleza impide todo acuerdo sincero sobre el desarme —que debe seguir siendo el objetivo supremo de toda política exterior. Entre el más fuerte que busca consolidar su ventaja y el más débil que intenta mejorar la suya, el diálogo es casi imposible. Ver Ginebra.

2. En estos últimos diez años, los soviéticos no dejaron de remediar su desventaja a escala planetaria, hasta el punto de superar a los americanos en algunos aspectos.

3. A la ofensiva pacifista de gran envergadura del presidente Carter (renuncia al avión de bombardeo B1 y a la bomba de neutrones, aceptación de cláusulas muy favorables a los soviéticos en los acuerdos S.A.L.T. II) éstos respondieron con la instalación de los SS 20 y con la guerra de Afganistán.

El querer-vivir

Siempre se habla del equilibrio de las armas o, como dicen los expertos, de la morralla. Sin embargo, sería tiempo de comprender que no puede haber fuerza militar que no sea primero moral. Desde hace unas semanas, tengo en la cabeza una frase de Jaurés a Bebel, que data de 1904, del Congreso de Amsterdam: "Lo que pesa ahora en Europa es la impotencia política de la socialdemocracia alemana". Por ello, Francois Mitterand, que no es socialdemócrata sino un radical de izquierda en el pleno sentido de la palabra, está intentando salvar el honor de la izquierda europea y hasta un poco más: su razón de ser.

Tuvo el valor de decirle a nuestros amigos belgas: "El pacifismo está del lado Oeste, los euromisiles del Este". Frente a esta sencilla y explosiva observación, muchas de las argucias pacifistas se caen. Sólo quedan el valor, la dignidad, el querer-vivir, la esperanza. No me pueden acusar, pienso, de ser incondicional al presidente Mitterand. Pero, cuando un hombre lucha como él, cuando encarna a es-

cala europea la resistencia al doblegamiento, siento algo que no había experimentado para con mi país desde la muerte del general De Gaulle: orgullo.

Le Nouvel Observateur, no. 989, 21/27 de octubre 1983, p. 21 Traducción de Fabienne Bradu. (Publicado por convenio).



La vuelta de los días



Lírica Matlatzinca

Del primero de los *Cuadernos del Centro Toluqueño de Escritores* (mayo de 1983), llama de atención "Lírica matlatzinca" de Alfonso Sánchez Artechte, que recoge dos poemas recientes de este grupo indígena, casi desaparecido, fundador de Toluca en 1120.

No son más que engendros juveniles de Leticia Mejía Martínez y Laurentino M.D., con ideas y hasta palabras tomadas del español. Pero, en vista de nuestra indolencia frente a la poesía indígena, ojalá que estos tres jóvenes toluqueños capaces de creer que el matlatzinca está a la altura del arte, se pongan a recoger lo que queda de su poesía tradicional.

Aunque esta lengua no tenga un Nezahualcōyotl, no es de creerse que carezca de canciones, arrullos, adivinanzas, dichos, conjuros (mitos, leyendas, cuentos, etc.). Desgraciadamente, parece que los misioneros españoles no recogieron la poesía matlatzinca. Más desgraciadamente aún, parece que lo que ellos no hicieron no lo ha hecho nadie, en todos estos siglos. Leticia, Alfonso y Laurentino tiene una oportunidad histórica, que las autoridades de Toluca deberían apoyar.

Gabriel Zaid



La "Azteca" de Maupassant

En el cuento titulado "En famille" y traducido como "Cariños de familia" en la versión de Luis Ruiz Contreras publicada por Aguilar, una curiosa omisión llama la atención. Casi al principio del cuento, en la escena entre Caravan y el doctor Chenet que se desarrolla en el tranvía, Caravan recuerda la salud de hierro de su madre para fundamentar sus esperanzas de larga vida. A lo cual el doctor Chenet contesta: "Pas si sur que ca, mon bon, votre mère est une astéque et vous n'etes qu'un plein-de-soupe". Una nota en la edición establecida y anotada por Louis Forestier (Gallimard. Folio) precisa: "Grafismo que traduce la pronunciación familiar de la palabra "aztéque", a menudo empleada peyorativamente". La versión española dice: "De eso hay mucho que hablar, compadre, porque su vieja es de temperamento nervioso, y usted es gordo y fofó". Si bien se puede considerar la aproximación al epíteto etnocentrista como bastante justa en su sentido, el problema de la elusión del término queda sin resolver.

Fabienne Bradu



Interés compuesto

En septiembre de 1838 Edgar Allan Poe, su mujer y su suegra se trasladaron de Nueva York a Filadelfia. Meses más tarde, John C. Cox, socio de la casa Reeves Buck y Compañía, prestó a Poe 50 dólares. Aunque en junio de 1839 encontró empleo como editor del *Burton's Gentleman's Magazine*, aún no recibía ningún dinero, y el 6 de diciembre de este año escribió avergonzado a Cox:

En verdad, temo que usted pensará que soy la persona más ingrata del mundo, ya que no sólo he fallado en devolverle el dinero... sino que además no lo he visto para disculparme por mi falta. Sin embargo, a pesar de las apariencias, usted se equivocará, si piensa que no me emo-